



El Brazo Fantasma de Don Ramón

EL BRAZO prófugo y fantasmal de Valle - Inclán pertenece ya a la mitología literaria. Es un brazo agigantado y multiplicado por la leyenda, que ha penetrado por derecho propio en el territorio de la pesadilla, del cual se evade como un espectro, llega a las mesas de café y asiste a las tertulias, como un convidado de piedra impenetrable y hierático. El brazo de Valle - Inclán es una ánima en pena sin reposo o un demonio burlón que gira como el aspa tajante de un molino de sueños. Es enlutado y lívido y acu-

de a la sola invocación como un aparecido vagabundo de crispada garra de pergamino. Toda la mitomanía heroica del jerifalte carlista está significada en ese brazo errante, descomunal y autónomo, que sacude el recuerdo y agita la leyenda sin término. De tanto inventar y reinventar el suceso —una prosaica riña tuberculosa con Manuel Bueno— el mismo don Ramón terminaría olvidando la verídica historia de su accenamiento y la envolvería en la mítica gasa del mito prodigioso. Sus íntimos solían reconvenirle cuando las alucinaciones excedían: "Ramón, mira que no lo perdiste en Lepanto..."

SE FRIZABA la arena bravia de Valle - Inclán y, cada nuevo amanecer, reaparecía el brazo como un salvador de abogado que se resiste a naufragar del todo. Aquel brazo se convirtió en el protagonista ausente de la peregrina batalla de mentira y ficción freudiana que fuera la guerra, flotante como una nube enlutada por su propia «sombra» de azor, acabaría por convertirse, al mismo, en apéndice de su brazo, estropeando todos sus miembros en aras de su pérdida extrema. Reflexion quienes lo conocieron que don Ramón fue un prodigio de perlinz fabula. Se edificó un mundo de nieblas, medieval y caballeresco; asió a su garra fantasmal se trasladaba galitando por orma del tiempo y el espacio a los prohibidos cerros del mito. Don Ramón se alimentaba de mentiras sucumbidas. Nadie lo vio como jamás. En el vulgar combate del hombre con el "desolado" se daba por vencido. Se nutría de leyenda y, en verdad, quizás descendía de Castaño, a juzgar por su evidencial ubicación de guerra. Podía pronunciarse, sin que nadie lo ponga en duda: "Una noche paseando con Carlos Estuardo bajo la bóveda de una vieja abadía..." Había heredado a dominar la técnica de la farsa con tal maestría que acabó por transformarla en espectáculo. Fernando de los Ríos que lo conoció y აღურა su reserva, relataba la anécdota siguiente: "Durante los días de euforia republicana, asistía don Ramón a una recepción oficial. Espectadores, diplomáticos, hombres de Estado, ocupaban en torno sus sillas de escuchar su original palabra, coque y fantasmagoría. Cuando la realidad y cordialidad del auditorio le satisfacía, don Ramón como un aire empujaba a hablar como recordando: "Zi, zi. Pue aquí no hay duda". Y acto seguido empezó a relatar un suceso de la corte de Isabel II. El beato Claret, sor Patrocinio, el general Serrano, las asistencias reales, evocadas por don Ramón, cobraban una extraña veracidad física a tal punto que un concurrente ingenuo lo interrumpió para decirle: "Pero don Ramón, está que cuenta es prodigioso... ¿Cómo ha logrado usted saberlo? A lo cual Valle - Inclán, moviéndose las barbas caprinas, respondía con su autoridad inapelable y conca levándose el índice a los cristales de los quevedos: "Pues, yo lo vi..." Y con su continente de poseedor de todas las sabidurías, con su empuje de dramaturgo sin edad y su arrogancia majestuosa, conti-

poes en que don Ramón vivía los largos días de la miseria, enlutado en sus habitaciones, unce admiradores suyos, preocupados por la pobreza del héroe, pero desahogados de no ofender su orgullo, optaron por ofrecerle un poco "suave". Don Ramón aceptó el regalo como un homenaje y sin abandonar su gravedad, llamó a su estudioso de turno y le habló en esta forma: "Escuchero. En ese plato hay un queso. El espíritu se alimenta de espíritu, la materia vive de la materia. Yo soy espíritu, tu eres materia vil. Come, pues, el queso y déjame los huesos..."

El nombre de Valle - Inclán fulgía con resplandores demoníacos entre los escritores hispanoamericanos de comienzos del siglo que entretenían sus aburrimientos en una melancolía y plácida contemplación de España. Uno de ellos, hombre cardinalísimo y de una bondad sin límites, era el ecuatoriano César Arroyo. Pocos seres vivieron para el culto de la amistad, el generoso entregarse, el entusiasmo de explosivas manifestaciones y la fraternidad sin reservas como Arroyo. Adiposo, moreno, de acusados rasgos indígenas, brillante una voz ancha, franca, de dientes completos, Arroyo "que hablaba en español y vivía en Ecuador", amaba a España con una pasión casi física. En su modesto cotidiano de su ciudad mantenía una cultura "Mirando a España", destilada a comentar todo acontecimiento peninsular. "La Esfera", "Nuevo Mundo", "Blanco y Negro", lo tenían al tanto de la vida española y ninguno mejor informado que él acerca de las proclamas clásicas de Alfonso XIII, de los alambiques políticos del conde de Romanones y don Antonio Maura, de las intimidades de "La Chelito", "Doncuelo la Fornarina", "Pastora Imperia". Arroyo vivía de y para España. Bueno, excelente escritor, interesado por los varicueños de la literatura castellana, de todos los tiempos. Ocupaba con deliberada preocupación, asimilaba la jergona de los cómicos trazaunantes que llevaban consigo la novedad benaventura, el alfilerito quincenario y la sazón dramática de don Juan de Echegaray. La habitación de Arroyo estaba decorada con fotografías de Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Azorín, Ricardo Torres "Ramblita" y Carolina Otero, cortelas de onzidas, banderillas ensangrentadas y algún otro elemento evocador,

embarcarse rumbo a España con alguna misión consular que le fuera confiada. Arroyo se acostumbró de cuanto elemento fuera indispensable para supeditar en la conquista de Madrid.

Quizás la paterfaca silueta y el arbitrario atuendo de Arroyo sugirieron y estimulaban la insomnía icona de Madrid. Desgarbado freudiano, con su entusiasmo su frontero, su permanente excitación, su afirmación paulica punto y su dentadura radiante, frecuentista los marzaderos y se popularizaba en las peñas literarias, midiendo de otras las dimensiones humanas que se le antojaban desmesuradas. No obstante, su deseo de llegar hasta Valle-Inclán permanecía inextinguible. Surgían pequeños inconvenientes, la entrevista se dilataba por la versatilidad del humor del gran gallego. Al fin en un foloteno alarde de resplandores otológicos, don Ramón, a la cruz de su mesa de café, bordaba los barros íntimos de Arroyo y acontecía de su fabuloso viaje a Tierras de la Nueva España, del que había de extraer su admirable "Tierra Bandera" de tan penetrante dramática Cortés y su aventura quedaban reducidos a minúsculas proporciones ante la gesta valenciana. Aquella tarde, "La Nina Chole" cobraba plasticidad no esperada. Castán con un contrabandista filipino, había caído en los brazos del accidente don Juan "Ico, estelón y sentimental", cuando los sorprendió el famoso reclutador al sonetario del Arlequín. Inmediatamente había extraído su faja cercenándole el misterioso, insaciable brazo.

—Baste por hoy —habría dicho—. Tengo mucho que hacer y no me conviene ir al penal. Pero lo seguiré por tierra y por mar y le sacenaré sus extremidades una cada vez. La próxima será la cabeza.

Aún reñaba la emoción en el auditorio cuando César Arroyo, que divisara a su ídolo desde la acera opuesta, atravesaba la calle excitado y jadeante, rebasando un bravo entusiasmo que se parecía a la colera, mientras corría con el bastón de estocón enarbolado, exclamando entre segunmaras freudicas:

—Don Ramón... Don Ramón... Al fin lo encuentro...

Valle - Inclán sorprendido y maravillado de la corporación de su propia farsa, disponiéndose a la defensa y señalando hacia donde se precipitaba Arroyo, murmuraba:

—Hicieron, detenedlo. He allí al culpado... Heo allí.

AUTORÍA

A. R.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El brazo fantasma de Don Ramón [artículo] A. R.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile